La Comédiathèque

Los Flamencos azules



Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Los flamencos azules

Jean-Pierre Martinez

La temporada no puede empezar peor para Romain y Fanny, que acaban de abrir en Les Saintes-Maries-de-la-Mer un hotel llamado *Los Flamencos Rosas*. Una huelga provoca escasez de combustible y las cancelaciones se suceden una tras otra. Para evitar la ruina, tendrán que convencer a los pocos viajeros que se han quedado tirados en la carretera de que prolonguen su estancia, y atraer a otros turistas. Por suerte, la Camarga y sus habitantes tienen mucho encanto. Y la recepcionista guarda algún que otro hechizo bajo la manga... Una comedia que rinde un homenaje tan irreverente como cariñoso a la mítica Camarga francesa.

Personajes
Fanny y Romain: la dueña del hotel y su marido
Sara y Paco: la recepcionista y su primo
Folco y Marius: el ganadero camargués y su hijo
Patrick y Christelle: los turistas de barrio
Victor y Diane: los turistas aristócratas
Sam y Fred: las turistas ecologistas

© La Comédiathèque

Acto 1

Escena 1

Una barra que hace también de recepción, abierta a una terraza con una o dos mesas, sillas y tumbonas. Sobre la barra, un letrero de madera con el nombre del establecimiento: Los Flamencos Rosas. La terraza da a una piscina que se imaginará del lado del público. Más allá se extienden lagunas pobladas, entre otras aves, de flamencos rosas. Entra Fanny, con un delantal y cara de agotamiento. Se desploma en una silla y suspira. Llega Romain con un mono de trabajo y un sombrero de paja, tan exhausto como ella.

Romain – Hace un calor...

Fanny – Y eso que la temporada no ha hecho más que empezar.

Romain – No quiero ni pensar cómo estaremos en agosto...

Pausa.

Fanny – También es verdad que tenemos calor porque no paramos ni un segundo.

Romain – Eso seguro...

Fanny – Sudaríamos menos si estuviéramos tumbados junto a la piscina, con una copa de rosado bien frío en la mano.

Romain – Cuando el hotel esté lleno, no tendremos un minuto para eso.

Fanny – ¿Y si nos damos un chapuzón ahora?

Romain – Acabo de medirla: el agua está a catorce grados. Nos puede dar un corte de digestión sin haber comido.

Se desploma en una silla a su lado.

Fanny – Y pensar que dejamos nuestros trabajos de funcionarios para ser nuestros propios jefes...

Romain – Y tener una piscina.

Fanny – Cuando el agua esté a veinticinco grados, solo podremos ver bañarse a los clientes mientras servimos copas en el bar.

Romain – Nuestros propios jefes, ya ves... Hacemos todo el trabajo y ni siquiera hemos conseguido encontrar a alguien que nos ayude.

Fanny – Los hoteleros de ahora somos los esclavos del siglo XXI.

Romain – ¿Te arrepientes?

Fanny – Ni por un instante. Mientras rememos los dos en la misma barca... y en la misma dirección.

Se hacen un gesto tierno.

Romain – ¿Y si nos tomamos ese rosado bien frío de todas formas?

Fanny – ¿Y no nos dará también un corte de digestión...?

Romain – Hay que vivir peligrosamente.

Se levanta, va detrás del bar y sirve dos copas de rosado.

Fanny – A propósito de la piscina, ¿has puesto el robot?

Romain – Sí... Lo llamé R2D2...

Fanny – ¿Quién?

Romain – El robot. Me parece más simpático darle un nombre. Después de todo, es nuestro único empleado...

Fanny – Al menos él tiene derecho a bañarse...

Romain vuelve con las dos copas.

Romain – Si tuviéramos robots para las demás tareas, esto sería el paraíso.

Romain entrega una copa a Fanny y los dos brindan.

Fanny – ¡Chin, chin, Joaquín!

Romain – Yo me llamo Romain.

Fanny – Encantada. Yo soy Fanny. ¿Viene usted mucho de vacaciones por aquí?

Romain – Todos los años. Descubrí este hotelito en Overbooking punto com. Los dueños parecen un poco pasados de rosca y bastante desbordados, pero son simpáticos. Anda, voy a ponerles cinco estrellas...

Romain teclea en su móvil.

Fanny – ¿Ni una respuesta al anuncio para encontrar una recepcionista polivalente?

Romain – Ninguna.

Fanny – Es increíble... Y eso que ofrecemos un buen sueldo...

Romain – En todo caso, sería la única de los tres en tener sueldo.

Fanny – ¿No será eso de «recepcionista polivalente» lo que las espanta?

Romain – Sobre todo porque especificamos que debía hablar inglés, que un tercer idioma sería un plus, y que debía tener una presentación impecable.

Fanny – Tienes razón. Deberíamos haber puesto: «Se busca chica para todo, trilingüe y con cuerpo de modelo». Habría quedado más claro.

Romain – Proponemos más que el salario mínimo, y tendrá alojamiento y comida incluidos...

Terminan sus copas.

Fanny – No está mal este rosado.

Romain – Y no es muy caro. Es de un pequeño productor local.

Fanny – Un poco áspero, quizá, pero bien frío entra de maravilla.

Romain – Hay que beberlo con muchos cubitos de hielo, eso sí... Te sirvo otra copa.

Fanny – Mejor no. Mañana llegan los primeros clientes. He terminado de limpiar, pero todavía tengo que hacer todas las camas.

Romain – Ya sabes: según te haces la cama, así duermes.

Fanny – Pues como tenga que hacer treinta y dos camas, no me acuesto en la vida.

Escena 2

Entra Sara, vestida de manera bastante llamativa y con un aspecto más bien descuidado.

Sara – ¿Sois los Flamencos Rosas?

Romain – Sí, bueno... Así se llama nuestro hotel.

Sara mira el lugar con cierta suspicacia.

Fanny – No me diga que viene de Sanidad. Ya pasaron ayer.

Sara – Vengo por el anuncio.

Romain – Ah, de acuerdo... Disculpe, no esperábamos...

Fanny – Justo estábamos hablando de...

Romain – Del perfil del puesto.

Sara – Entonces, ¿seguís buscando a alguien?

Fanny – Sí, bueno... Depende. ¿Tiene experiencia?

Sara – No debe ser muy complicado... ¿Qué hay que hacer, exactamente?

Romain – Bueno... Contestar al teléfono, para empezar. Y recibir a los clientes cuando lleguen. Tenemos una clientela muy internacional, ¿sabes?

Fanny – Es un hotel de tres estrellas.

Romain – ¿Habla algo de inglés?

Sara – ¿Inglés?

Fanny – ¿Italiano, quizá?

Sara – Algo de español sí que hablo.

Romain – Ah, sí, es...

Fanny – Aunque por aquí no tenemos muchos turistas españoles.

Sara – Y de sueldo, ¿qué tal?

Romain – Mil quinientos euros. Netos...

Fanny – Alojamiento y comida incluidos...

Sara – Bueno, estará bien... Para empezar... ¿Puedo ver mi habitación?

Romain – Ehm... Sí, tenemos un pequeño bungalow para alojar a un empleado...

Fanny – Es la puerta azul, justo después de la piscina, pero...

Sara – He dejado mi maleta en el coche, pero no os preocupéis, me las arreglaré. Tiene ruedas...

Fanny – Bueno...

Sara se dispone a irse, pero se da la vuelta una última vez.

Sara – ¿A qué hora es el desayuno?

Romain – No te preocupes, los primeros clientes no llegan hasta mañana por la tarde.

Sara – No, digo... para mí.

Fanny – ¿Para usted?

Sara – Dijisteis que tenía alojamiento y comida, ¿no?

Romain – Digamos que a las siete.

Sara – ¿A las siete? Yo es que no soy nada madrugadora...

Fanny – ¿Le vendrían mejor las siete y media?

Sara – Vale... Voy a tener que poner el despertador...

La miran alejarse. Silencio.

Romain – ¿Eso ha sido una entrevista de trabajo?

Fanny – Más bien parecía que venía a hacer el registro de entrada, ¿no?

Romain – O a atracarnos...

Fanny – Voy a ver qué hace...

Ella se levanta.

Negro.

Acto 2

Escena 1

Sara está sentada detrás del mostrador, con el móvil en la oreja.

Sara – Pues nada, que estoy fenomenal... He encontrado un trabajillo en un hotel. Un chollo. Los dueños están atacados y no sé por qué. Es su primera temporada, sí, pero ¡yo tampoco he trabajado nunca en un hotel! Hay que tomárselo con calma... *(Suena el viejo teléfono fijo del mostrador.)* Oye, te dejo, que me entra otra llamada... Espero que no sea un inglés...

Ella guarda el móvil y mira el teléfono fijo con curiosidad.

Sara – ¿Y cómo se maneja este cacharro...? *(Descuelga con torpeza.)* ¿Sí...? Sí, sí, ha llamado al hotel... *(Mira el letrero.)* Los Flamencos Rosas, eso es... Sí... *(Consulta el libro de reservas.)* Los señores Martin. Una semana en habitación doble... ¿Que cancela? ¿Y eso? ¿Un fallecimiento en la familia? Vaya por Dios... ¿Quién se ha muerto? ¿Su marido? ¿Seguro que no es una excusa...? Bueno, no voy a discutirlo... No, no dudo de su palabra... Tampoco voy a exigirle el certificado de defunción... Pues mi más sentido pésame. Y que disfrute de las vacaciones, de todas formas... *(Cuelga.)* Un muerto en la familia, sí, hombre... Esa me la sé... *(Tacha el nombre en el registro.)* Unos menos. Menos trabajo. ¡Qué sed tengo!

Ella abre la nevera detrás del mostrador, saca una lata, la abre y empieza a beber.

Escena 2

Fanny llega, en mono, con una escoba en una mano y un cubo en la otra.

Fanny – ¿Todo bien, Sara? ¿No es demasiado difícil?

Sara – Tirando...

Fanny *(irónica)* – Si tienes sed, sírvete algo de la nevera, sin cortarte.

Sara – Gracias, ya lo he hecho...

Fanny – ¿Nuevas reservas?

Sara – Ninguna. Pero ya he conseguido mi primera cancelación.

Fanny – ¿No?

Sara – El señor y la señora Martin.

Fanny – ¡Tenían que llegar hoy!

Sara – Sí, pues ya no llegan. La señora Martin entierra a su marido mañana.

Fanny – ¿Su marido ha muerto?

Sara – Supongo que sí... A menos que piense enterrarlo vivo.

Fanny – Qué horrible.

Sara – Bueno, tampoco lo conocíamos de nada.

Fanny – ¡Hablo de la reserva! Se quedaban una semana. Esto empieza bien...

Sara – Oh, ¿sabes lo que se dice?

Fanny – ¿Y qué se dice?

Sara – ¡Por cada uno que se va, vienen diez!

Fanny – Me alegra ver que te lo tomas con filosofía... Discúlpame, voy a seguir con la limpieza...

Fanny se dispone a irse.

Sara – Ahora va a ser mi culpa... No es cosa mía...

El teléfono fijo vuelve a sonar. Fanny se detiene. Sara no reacciona.

Fanny – ¡Pues contesta!

Sara – ¡Ya voy, mujer, que no hay fuego! *(Descuelga.)* Los Flamencos Rosas, dígame... ¿Cómo? ¿Puede vocalizar un poco? No, lo siento, no hablo inglés... ¿Llama desde Shanghái...? Ya... Ya... ¿Por qué? ¿Puede repetirlo? Vale, vale, apuntado queda... Mire, es que no le entiendo ni palabra... Yo también estoy muy decepcionada... Voy a colgar, que hay muy mala conexión. ¡Saludos por allí! *(Cuelga.)* Es increíble que vengan de turismo a Francia sin molestarse siquiera en hablar francés como es debido...

Fanny – ¿Quién era?

Sara – Una señora de una agencia de viajes de Shanghái. Tenían reservadas cinco habitaciones para quince personas...

Fanny – ¿Y entonces?

Sara – Ellos también cancelan.

Fanny – ¿Y por qué?

Sara – Me dijo que tienen miedo de las manifestaciones en París.

Fanny – ¿Las manifestaciones? ¿Qué manifestaciones?

Sara – Dijeron que habían visto en la televisión china disturbios en los Campos Elíseos: gente asaltando tiendas de lujo y marchándose con bolsos de Vuitton bajo el brazo.

Fanny – ¿Los Campos Elíseos? ¡Pero si estamos lejísimos del Arco de Triunfo!

Sara – Sí, pero debían aterrizar en París para hacer un poco de compras antes de venir al sur. Así que cancelan su viaje a Francia y van a Dubái en su lugar... Al parecer, hay las mismas tiendas que en París y es más barato.

Fanny mira el registro y parece desmoronarse.

Fanny – ¡Casi todas nuestras reservas están canceladas! ¿Te das cuenta?

Sara – Sí, la verdad es que han tenido mala suerte...

Fanny se enfurece.

Fanny – ¿Nosotros? ¿Te crees que vamos a pagarte por no hacer nada con el hotel vacío? Ya puedes hacer la maleta. Además, no dabas el perfil.

Sara – Ahora resulta que hay que tener un máster para contestar el teléfono en un hotelito como el vuestro.

Fanny – ¡Venga, fuera!

Sara – Ya me echaréis de menos, ya...

Sara se va.

Escena 3

Romain llega.

Romain – ¿Qué pasa?

Fanny – ¿Has oído hablar de una huelga?

Romain – No... Hemos estado trabajando día y noche durante una semana, ni siquiera hemos tenido tiempo de escuchar las noticias... ¿Hay una huelga?

Fanny – Los chinos... Han cancelado...

Romain – ¿No me digas...?

Fanny – Cinco habitaciones de golpe. Y sin contar con la señora Martin. Acaba de llamar para cancelar también...

Romain – ¿Por la huelga? Pero si venía de Tarascon, aquí al lado...

Fanny – ¡Por su marido! Ha tenido la genial idea de morirse justo antes de salir de vacaciones.

Romain mira hacia el mostrador.

Romain – Y la recepcionista, ¿dónde está?

Fanny – Digamos que he terminado su periodo de prueba... No vamos a contratar personal si el hotel está vacío.

Romain – Voy a poner la radio... Espero que los locutores no estén de huelga también...

Fanny – No te preocupes: incluso de huelga siguen emitiendo malas noticias.

Romain – Es lo que llaman «servicios mínimos»...

Romain va detrás de la barra y enciende la radio.

Locutor (en off) – Debido a la huelga que afecta al personal de Radio France, nuestro informativo habitual se sustituye por un boletín extraordinario. La nueva presidenta de la República, elegida hace apenas una semana, ha sorprendido al país al presentar una ley para retrasar la edad de jubilación a los setenta y cuatro años. Todos los sindicatos han convocado una huelga general para exigir su retirada. Los aviones permanecen en tierra en los aeropuertos parisinos de Roissy y Orly; en la capital no circulan trenes ni metros, y empieza a faltar combustible en las gasolineras, sobre todo en la costa mediterránea...

Romain apaga la radio.

Fanny – Esto es una pesadilla.

Romain – Seis cancelaciones de golpe...

Fanny – Las huelgas son como el mistral, ese viento de aquí.

Romain – Vienen del norte...

Fanny – Y sabes cuándo empiezan, pero nunca cuánto van a durar...

El teléfono suena. Romain responde.

Romain – Hotel Los Flamencos Rosas, a su servicio... Sí... Comprendo... No se disculpe... Por supuesto... Quizá en otra ocasión... *(Cuelga.)* Y ya van siete cancelaciones...

Fanny – Me temo que esto no ha terminado.

Romain – Han elegido bien el momento para hacer huelga. Justo antes de las vacaciones. Podrían haber esperado a que la gente ya hubiera llegado...

Fanny – ¿Jubilarse a los setenta y cuatro? ¡Es de locos!

Romain – Si la gente muere antes de jubilarse, será la muerte del negocio hotelero. Tres cuartas partes de nuestra clientela son jubilados.

Fanny – Menos mal que nuestros clientes ya están jubilados.

Romain – Sí, pero no serán eternos...

Fanny – Si no hay nadie para reemplazarlos antes de los 74 años, seguro que no haremos buenos negocios...

Romain – No deberíamos haber abierto un hotel, sino una residencia de ancianos con atención médica...

El teléfono vuelve a sonar. Se miran.

Fanny – Contesta tú, yo no puedo...

Romain descuelga.

Romain – Hotel Los Flamencos Rosas, le escucho...

Fanny – ¡Y cómo nos cuesta escucharlo!

Romain – Ah, buenos días... Sí, ya sabemos que hay un pequeño problema, pero es pasajero... No se preocupe, lo solucionaremos enseguida... Le agradezco su comprensión. Que tenga buen día.

Cuelga.

Fanny – ¿Otra cancelación?

Romain – El banco... Por lo del descubierto...

Fanny – Y nosotros que contábamos con estas primeras reservas para cubrir nuestro descubierto...

Se derrumban cada uno en una silla, completamente deprimidos.

Romain – Mejor nos habríamos quedado en nuestros empleos tranquilos de funcionarios en la prefectura de Valence, en la Drôme... En lugar de jugar a ser hoteleros y soñar con hacernos ricos...

Fanny – Hacernos ricos quizá no, pero al menos ser independientes...

Romain – Hemos metido todos nuestros ahorros en este proyecto.

Fanny – Y encima tenemos el préstamo...

Romain – No podemos permitirnos fallar al principio de la temporada... Aquí, hacemos más de la mitad del volumen de negocio anual en tres meses.

Escena 4

Sara pasa tirando su maleta con ruedas.

Sara – He dejado las llaves en la puerta...

Se dispone a irse.

Fanny – Espera, no te marches así... Perdona que haya perdido los nervios. Si pudiéramos quedarnos contigo, lo haríamos. Pero todos nuestros clientes acaban de cancelar.

Romain – Y en el banco estamos en números rojos.

Sara – Tranquilos, si os entiendo... Hace tres años que ningún banco quiere saber nada de mí...

Fanny – Siéntate un par de minutos con nosotros, vamos a tomar una copa... Total, ya da igual... ¿Un poquito de rosado?

Sara – Vale.

Sara se sienta, mientras Romain sirve.

Romain – ¿A qué te dedicabas antes de emprender tu prometedora carrera de recepcionista polivalente y trilingüe?

Sara – Era vidente.

Fanny – ¿Ah, sí? Pues en estos momentos nos vendría bien alguien que viera el futuro...

Romain – Desde luego, lo que nos ha caído encima no lo vimos venir...

Sara moja los labios en el rosado que Romain le acaba de servir y pone una mueca.

Sara – Después de despedirme, ¿intentáis envenenarme, es eso?

Romain – Es para no tener que pagarte indemnización por despido.

Fanny también prueba el vino.

Fanny – Sí, creo que no vamos a repetir.

Sara – Si queréis, os doy una dirección. Un vinito de las arenas que se cayó de un camión.

Romain – Espero que las botellas no se rompieran al caer.

Fanny – ¿Y nuestro futuro, cómo lo ves?

Romain – ¿En rosa, como el de los flamencos?

Fanny – ¿O en negro, como el de la señora Martin?

Sara – Déjame ver la mano...

Fanny le tiende la mano, sin convicción, y Sara observa su palma atentamente.

Romain – ¿Entonces?

Sara levanta la cabeza.

Sara – Veo nuevos clientes llegando hoy...

Fanny – ¿Y eso lo has visto en las líneas de mi mano?

Sara – Sí... Y también se ve desde aquí, en el aparcamiento. Acaba de llegar un coche...

Fanny y Romain miran hacia el aparcamiento.

Romain – Ah, sí... Aunque no esperamos a nadie más.

Escena 5

Entra Patrick, ataviado como el típico turista un tanto hortera, con una camiseta de Johnny Hallyday. Lo sigue su mujer, Christelle, de aspecto igualmente popular. Patrick lleva un mapa de carreteras.

Patrick – Señoras y señores, disculpen la molestia a la hora del aperitivo...

Christelle – ¿Podemos hacerles una pregunta?

Fanny – Por supuesto...

Patrick – ¿Saben dónde estamos?

Sara – ¡Claro! ¡Vivimos aquí!

Romain – Están ustedes en Les Saintes-Maries-de-la-Mer, caballero...

Patrick – ¿Ves, Christelle? ¡Tenía razón! Estamos en Sainte-Marie-la-Mer. Lo ponía en el cartel. ¡Sé leer!

Christelle – ¡Que no, cabezota! Les Saintes-Maries-de-la-Mer, no Sainte-Marie-la-Mer. ¡Metiste mal el nombre en el GPS!

Patrick – Les Saintes-Maries-de-la-Mer, Sainte-Marie-la-Mer... ¡Qué más dará una ese de más o de menos!

Fanny – No es lo mismo. Les Saintes-Maries-de-la-Mer está en las Bocas del Ródano, en plena Camarga, y Sainte-Marie-la-Mer queda más al oeste, en los Pirineos Orientales, camino de España.

Christelle – ¡Lo ves, Patrick! ¡Siempre quieres tener razón!

Romain – A ver... *(Toma el mapa y lo extiende sobre la mesa.)* Nosotros estamos aquí. Y Sainte-Marie-la-Mer está allí...

Patrick y Christelle miran el mapa.

Patrick – ¿Aquí?

Fanny – En Camarga.

Patrick – ¿Qué hacemos en la Camarga? No está en nuestra ruta.

Sara – Depende, ¿a dónde vais?

Christelle – Intentábamos llegar a España.

Romain – Ah, en ese caso, Les Saintes-Maries-de-la-Mer no están para nada en vuestro camino.

Sara – Además, Les Saintes-Maries-de-la-Mer están en la ruta de ninguna parte. Nadie llega aquí por casualidad...

Christelle – ¿Lo ves, Patrick? Nadie llega aquí por equivocación... salvo tú. ¡Eres el rey! ¡El rey de los despistados!

Patrick – ¿O sea que no vamos camino de España...?

Christelle – ¡Estamos en un callejón sin salida! Sainte-Marie-la-Mer sí que está de camino a España.

Patrick – Íbamos a encontrarnos con unos amigos en la Costa Brava. Teníamos previsto hacer una parada en Les Saintes-Maries-de-la-Mer.

Romain – Quiere decir en Sainte-Marie-la-Mer, imagino...

Christelle – Habíamos reservado habitación en un hotelito que se llamaba Los Flamencos Rosas.

Fanny – Por esa zona también hay flamencos rosas. Y, por lo visto, otro hotel con ese nombre.

Patrick – Yo me fié del GPS... y seguí las señales.

Christelle – Y justo después del cartel de Saintes-Maries de la Mer, nos quedamos sin combustible.

Patrick – Es que no hay muchas gasolineras por aquí, y todas las que vimos no tenían diésel.

Christelle – ¿Qué vamos a hacer ahora?

Patrick – Terminaremos encontrando gasoil. Solo habremos hecho un pequeño desvío, eso es todo...

Christelle – ¿Llamas a eso un pequeño desvío? No tienes vergüenza...

Sara – ¿Puedo ver tu mano?

Christelle, sorprendida, le ofrece la mano. Sara le examina la palma.

Christelle – ¿Y entonces?

Sara – No vayáis a España, creedme.

Patrick – ¿Y por qué no vamos a ir a España?

Sara examina de nuevo la palma de Christelle.

Sara – Una gran desgracia caerá sobre vosotros si cruzáis la frontera.

Christelle – ¿Eres vidente?

Romain – Vidente y... recepcionista.

Fanny – Pero créanme: es mejor vidente que recepcionista.

Patrick – ¿Vidente...? ¡Madre mía! ¿Y qué ve?

Sara – Veo... cuernos.

Christelle – ¿Cuernos?

Patrick – ¿Cuernos? ¡Espero no ser yo el que los lleva!

Sara – Veo a su marido... ensartado por un toro.

Christelle – Aquí también hay toros. Hemos visto muchos en el borde de la carretera.

Patrick – En un momento, incluso pensé que ya estábamos en España.

Sara – Sí, pero ese toro es español, no hay ninguna duda.

Christelle – ¿Cómo puedes saberlo?

Sara – Los toros españoles son mucho más grandes... y tienen mucha peor leche. Su marido no será torero, ¿verdad?

Christelle – ¿Torero, mi Patrick? Ya tiene problemas matando a un mosquito en una habitación, así que a un toro en una arena...

Sara suelta la mano de Christelle.

Sara – En serio: no vayan a España. Podría ser su último viaje juntos...

Christelle – No tenemos intención de movernos de aquí por ahora. Si todas las gasolineras están secas.

Patrick – Tendremos que dormir en este agujero.

Christelle – Esto parece el Lejano Oeste, ¿verdad?

Fanny – No saben hasta qué punto. Se rodaron muchos wésterns aquí. La Camarga es tierra de cine: una leyenda creada por unos pocos visionarios que se hizo realidad porque sus habitantes decidieron creer en ella. En el fondo, la Camarga es una cuestión de fe...

Pausa.

Sara – ¿Sabían que Johnny Hallyday rodó una película aquí?

Patrick – No...

Fanny – ¿De dónde vienes, Johnny?

Patrick – Yo no soy Johnny, soy Patrick. Y vengo de Montreuil, cerca de París.

Fanny – ¡Es el título de la película de Johnny Hallyday! D'où viens-tu Johnny?, en francés. ¿No conocen la canción?

Patrick – ¿Qué canción?

Romain – Pour moi la vie va commencer. *(Cantando.)* «Pour moi la vie va commencer...»

En este momento puede haber un breve intermedio musical con la canción de Johnny Hallyday, mediante música grabada o interpretada en directo y una pequeña coreografía.

Christelle – Ah sí... Es una de tus canciones favoritas, Patrick...

Fanny – Veréis... Para vosotros también, la vida va a empezar en la Camarga.

Sara – En cualquier caso, terminará prematuramente si vais a la Costa Brava...

Patrick y Christelle se miran, dudosos.

Patrick – Bueno... De todas formas, no tenemos mucha elección. ¿Os quedan habitaciones?

Sara – Ya saben que en temporada solemos estar completos, pero voy a mirar... *(Abre el libro de reservas.)* ¡Anda, qué suerte! Acaba de quedar libre una habitación...

Christelle – La tomaremos para esta noche, entonces... Y mañana será otro día...

Romain – Os voy a mostrar la habitación...

Romain se va con Patrick y Christelle.

Fanny – Creo que te había juzgado mal. Si quieres, puedes quedarte.

Sara – ¿Como recepcionista o como adivina?

Fanny – ¿No habíamos dicho «recepcionista polivalente»? Voy a ver cómo están los clientes...

Fanny se va.

Escena 6

Sara se recuesta en una tumbona.

Sara – ¿Qué harían sin mí...?

Cierra los ojos y parece dormirse. Llegan Victor y Diane, aristócratas franceses de la vieja escuela, muy católicos. Victor lleva dos bidones; Diane, maletas Louis Vuitton.

Victor – Decididamente, este pequeño peregrinaje a Les Saintes-Maries-de-la-Mer se está convirtiendo en un viacrucis... Doce estaciones de servicio y ni una gota de gasolina.

Diane – Victor, no blasfeme. Solo nos hemos quedado sin gasolina. Estamos en Francia, no en pleno Sáhara.

Victor – En el Sáhara ya habríamos encontrado petróleo...

Diane – Fíjate, tal vez no estemos en el desierto, pero no veo a nadie...

Victor – El posadero no debe estar muy lejos.

Miran a su alrededor y finalmente ven a Sara, dormida.

Diane – Ah, sí, hay alguien...

Victor – Debe ser una clienta, como nosotros.

Diane – No vamos a despertarla...

Victor deja caer uno de sus bidones, y Sara se despierta de un sobresalto.

Sara – Ah, perdón... Me he quedado un poquito dormida...

Victor – Siento haberla arrancado de los brazos de Morfeo, estimada señora. Buscábamos a la recepcionista.

Sara – ¿La recepcionista? Soy yo. Empecé esta mañana, me echaron a las diez y hace un rato me han vuelto a contratar.

Diane – Pasábamos unos días en el Luberon, alojados en la casa solariega de unos amigos. Queríamos aprovechar para peregrinar a Notre-Dame-de-la-Mer, pero nos han atrapado estas revueltas contra el retraso de la jubilación.

Victor – Nosotros, que no hemos dado un palo al agua en la vida. Tiene su gracia, ¿verdad?

Diane – Temo que debamos pasar la noche en esta posada... ¿Les quedarán por casualidad dos habitaciones?

Sara – ¿Por qué? ¿Duermen en habitaciones separadas?

Victor – No, la segunda es para nuestra hija. Está allí, contemplando los toros... Parece que están en celo, ¿no?

Sara – ¿Cuántos años tiene vuestra hija?

Diane – Treinta y dos años.

Sara – Dos habitaciones, entonces... Treinta y dos añitos: ya es algo mayor para dormir con papá y mamá... A ver... *(Finge consultar el registro.)* ¡Qué suerte! Justo las dos últimas.

Victor – Sin embargo, solo hay un coche en el aparcamiento...

Sara – A estas horas todo el mundo está de paseo. Hay muchísimo que ver en la Camarga... Más que en el Luberon, desde luego.

Diane – Vamos a aprovechar para descansar un poco, entonces...

Sara les entrega dos llaves.

Sara – Aquí tenéis vuestras llaves.

Diane – Gracias. ¿Vienes, Victor?

Victor – Ya voy.

Diane – Y deja esos bidones en el patio. No vas a llevarlos a la habitación, huelen a gasoil...

Salen.

Sara – Vaya mañana... Si seguimos así, tendré que rechazar clientes.

Sara sale.

Escena 7

Entran Sam y Fred, dos mujeres de aspecto intelectual y ecologista, con cascos de bicicleta y mochilas. Sam lleva una cámara de fotos colgada al cuello.

Sam *(mirando hacia el público)* – ¡Mira! ¡Flamencos rosas!

Fred se acerca.

Fred – ¡Increíble! Nunca los había visto de cerca. ¿Seguro que son flamencos rosas?

Sam – Mujer, rosas son...

Fred – Ah, sí...

Sam – También veo una garceta, una avoceta, una lavandera blanca... ¡y un busardo ratonero!

Fred – ¡Yo también conozco una rapaz de cuidado! A mi suegra.

Sam – ¿Tu suegra es una rapaz?

Fred – ¡Y de las peores! Arrambla con todo lo que pilla.

Sara regresa.

Sam – Mira, hablando de rapaces, ahí viene otra especie...

Sara – ¿Estáis también sin combustible?

Fred – Venimos de Arlés, en bicicleta, para pasar unos días en la Camarga.

Sam – Además, incluso en París, renunciamos al coche hace unos años.

Fred – Que no haya gasolina en los surtidores es lo mejor que podía pasarle al planeta, ¿no?

Sara – Oh, ya sabéis, yo no me meto en política... ¿Habéis reservado una habitación?

Sam – Tenemos por principio no reservar nunca nada con antelación. Preferimos improvisar.

Fred – Estar siempre donde no nos esperan.

Sara – Pues habéis venido al sitio ideal: aquí no os esperaba nadie. ¿Queréis habitaciones o solo venís a darnos una sorpresa?

Sam – Dos habitaciones, si es posible... Y con bañera, si tenéis. Sueño con darme un baño desde hace tres días.

Fred – Pero si no tenéis más habitaciones, no pasa nada. Somos grandes viajeras, acostumbradas a sobrevivir en las condiciones más precarias.

Sam – El año pasado fuimos a Nepal y dormimos en una yurta con lamas.

Fred – ¿Lamas? ¿No era en Perú donde había llamas?

Sam – O yaks, qué sé yo. El caso es que no olía a rosas.

Fred – Y si no hay habitaciones, podemos dormir con los caballos. Peor que en Nepal no puede ser.

Sara – No sé si a los caballos les haría gracia, pero no hará falta. Os doy las llaves...

Fanny regresa y sonríe al ver a las recién llegadas.

Fanny – Buenos días, señoras. Bienvenidas a Los Flamencos Rosas.

Sam – Gracias.

Sara les entrega dos llaves.

Fred – Si no te importa, preferiría evitar la 13.

Sam – Mi amiga es un poco supersticiosa...

Fanny – No suele haber habitaciones número trece en los hoteles, señora.

Fred mira su llave.

Fred – ¡La nueve! ¡Mi número de la suerte! ¡Gracias!

Sam y Fred salen.

Fanny – Parece que empieza a remontar el negocio. Hace una hora nos habían cancelado todas las reservas y ahora estamos casi completos. ¿No irás a ser nuestro amuleto?

Sam regresa.

Sam – Disculpa, olvidé preguntarle. ¿A qué hora se sirve el desayuno?

Fanny – A la hora que quieran, naturalmente. Están de vacaciones. No vamos a obligarlas a levantarse a las...

Sam – A las seis de la mañana, entonces. Soy fotógrafa de naturaleza. Bueno, aficionada. La mejor luz es al amanecer, cuando todavía están las aves nocturnas y los turistas aún duermen...

Sam se va. Sara lanza una mirada incrédula a Fanny.

Sara – ¿A las seis de la mañana...?

Fanny – No te preocupes, ya me encargo yo. Total, últimamente duermo poco...

Se apagan las luces.

Acto 3

Escena 1

Victor y Diane descansan en sendas tumbonas. Victor lee La Provence, el periódico local; Diane, Crin-Blanc.

Victor – ¿Qué estás leyendo?

Diane – Crin-Blanc.

Victor – ¿Ah, sí?

Diane – Lo encontré en la biblioteca del hotel.

Victor – ¿Está bien?

Diane – Es la historia de un caballo.

Victor – Pensé que era la historia de un perro.

Diane – Confundes ese libro con Colmillo Blanco.

Victor – Ah, sí, puede ser.

Diane – Dicen que es una obra emblemática de la Camarga. Aunque a los gardians, los vaqueros de aquí, no los deja precisamente bien parados... Es una historia espantosa.

Victor – Bah, todo ese folclore... Ya no quedan vaqueros de verdad.

Entra Folco, padre de Fanny, vestido de gardian camargués y con expresión severa.

Diane – Pues parece que alguno sí... Ese parece Buffalo Bill.

Victor – Buenos días, señor.

Folco – Querida señora... Señor...

Victor – ¿Qué buen viento le trae, buen hombre? ¿Hay alguna representación de época en el pueblo?

Folco parece ofendido por esta familiaridad.

Folco – No es el viento lo que me trae aquí, señor. Nací en esta tierra. Al igual que mi familia, desde hace más de diez generaciones.

Victor – Perdón, no entendí que estábamos entre personas del mismo mundo.

Folco – Mundo solo hay uno, señor, pero está lleno de muchas clases de imbéciles. Incluidos los «imbéciles felices por haber nacido en algún sitio», como cantaba Georges Brassens...

Victor se levanta para saludar a Folco de manera más formal.

Victor – Permítame presentarme: Victor de la Motte de la Taupinière, barón de Coursensac...

Folco estrecha la mano que le tiende Victor.

Folco – Folco du Mas de la Renardière, propietario de la manade que lleva ese nombre: nuestra ganadería de toros y caballos camargueses. Soy el padre de Fanny, su anfitriona.

Diane – Es un auténtico manadier, Victor. Los gardians son como los caballeros de hoy en día, y los manadiers serían sus señores.

Folco – Ya teníamos algunos caballos en pensión. Lamentablemente, recientemente también hemos tenido que tener en pensión a algunos turistas...

Diane – Lo entiendo. Unos amigos nuestros tienen un castillo en la Sarthe y, para conservarlo, tuvieron que despedir a la doncella y abrir habitaciones para turistas.

Victor – Y ahora son ellos quienes sirven el desayuno a los plebeyos de paso... Qué ironía, ¿verdad?

Parece que el sombrío Folco no encuentra gracia en ello.

Diane – Y dígame, ¿es que aquí siempre sopla tanto viento?

Victor – Desde luego, un viento capaz de arrancarles los cuernos a los toros...

Diane – ¡Es insoportable! ¿Es que nunca para?

Folco – Señora, en la Provenza no hay «viento». Hay mistral. Y no es lo mismo.

Victor – Pero el mistral es un viento del norte, ¿no?

Folco – Sí. Viene del norte, como usted. La diferencia es que al mistral lo consideramos de la familia.

Entra Fanny.

Fanny – Ah, papá... Ya has conocido a nuestros huéspedes...

Diane – Sí... El señor nos estaba hablando del mistral.

Fanny – Hoy sopla bastante, es verdad. Lo bueno es que seca la ropa y se lleva las nubes. ¡Miren qué cielo tan azul!

Folco – El mistral también ahuyenta a los mosquitos. Lástima que no siempre sople lo bastante fuerte como para espantar a los turistas...

Fanny – Folco es un verdadero camargués, ya saben. Tiene montones de historias que contar sobre la región. Y si quieren dar un paseo a caballo, tiene una ganadería justo al lado...

Victor – Podría estar bien. En París vamos mucho a montar a caballo por el Bois de Boulogne.

Folco – La Camarga no es el Bois de Boulogne. Aquí la fauna es muy distinta: abundan más los animales con plumas que los de pelo.

Fanny – Mi padre bromea, por supuesto. Bueno, papá, ven conmigo, quería mostrarte la caldera. No sé qué pasa, hace un ruido extraño desde esta mañana...

Fanny y Folco salen.

Diane – Folco... Le pega el nombre. Tiene algo de folclórico... Y qué curioso: se llama como el niño de Crin-Blanc y como aquel célebre barón que dicen que inventó la Camarga.

Victor – ¿Cómo dices, inventó? ¿Estamos en un país que no existe, rodeados de personajes de ficción?

Diane – Algunas ficciones, cuando son hermosas, son más reales que realidades más sombrías.

Victor – Pronto me dirás que estamos actuando en una obra de teatro...

Miran un poco preocupados hacia el público, antes de volver a la "realidad" de la obra.

Diane – ¿Y tu periódico? ¿Qué tal las noticias?

Victor – Si nos atenemos a sus periódicos, estos sureños no paran de festejar. Es increíble. Está clasificado por pueblo. Todos los días hay festividades en algún lugar...

Diane – Uno se pregunta cuándo tienen tiempo de trabajar.

Victor – Tendríamos que leer más prensa regional, incluso en París. Deprime menos que Le Figaro. Sobre todo la sección de esquelas... como no conocemos a nadie.

Diane – Por cierto, no sé si te lo he dicho, pero la Baronesa de Casteljarnac nos dejó la semana pasada. Desafortunadamente, con estas huelgas, no podremos ir a su funeral. Es una lástima...

Victor – Sí, el funeral de su esposo fue muy exitoso...

Diane – Por mucho que digamos, en la alta sociedad aún sabemos enterrar a nuestros muertos con gran pompa.

Victor – Tampoco entiendo que los pobres hablen de «pompas fúnebres». ¡Si muchas veces ni siquiera hay ceremonia en la iglesia!

Diane – Por cierto, tenemos que ir.

Victor – ¿A dónde?

Diane – ¡A misa!

Victor – Ah sí, lo había olvidado por completo. Cuando estamos de vacaciones...

Diane – Ya que estamos aquí, no podemos perdernos una misa en Notre-Dame-de-la-Mer...

Victor y Diane salen.

Escena 2

Llegan Sam y Fred.

Fred – ¡Mira ese cielo tan azul! Parece un Van Gogh.

Sam – Sí, si quitamos la piscina... es muy pintoresco.

Fred – ¿Sabías que Van Gogh pasó una semana en la Camarga? En 1888, exactamente.

Sam – No, no lo sabía...

Fred – Le escribió cartas preciosas a su hermano desde Les Saintes-Maries-de-la-Mer. Y pintó seis cuadros allí... *(Pausa.)* ¿Qué estás leyendo tú?

Sam – Mireille. Ella también peregrinó a Les Saintes-Maries-de-la-Mer. Y no acabó bien.

Fred – ¿Mireille Mathieu, la cantante? Creo que es de Aviñón. ¿También peregrinó hasta aquí?

Sam – ¡Mireille, el poema de Frédéric Mistral! El gran escritor provenzal.

Fred – Ah, sí... ¿Y por qué no le fue bien a esa Mireille?

Sam – Murió.

Fred – Para tratarse de una peregrinación, menuda publicidad...

Sam – Seguro que por eso hay más peregrinos en Lourdes que en Les Saintes-Maries-de-la-Mer...

Fred – Por otro lado, aquí... está el mar.

Sam observa a los pájaros con unos prismáticos.

Sam – ¡Qué maravilla de aves! Es un espectáculo...

Folco regresa.

Folco – Señoras...

Sam – Buenos días. Por el plumaje diría que usted es de aquí, como esos flamencos rosas...

Folco – Sí, nací aquí, señora. Uno de los últimos en nacer en Les Saintes-Maries-de-la-Mer.

Fred – ¿Es que ha bajado la natalidad?

Folco – No. Es que no hay una maternidad en treinta kilómetros a la redonda.

Fred – ¿Puedo hacerle una pregunta?

Folco – Si lo desea...

Fred – Siempre me he preguntado por qué los flamencos levantan una pata para dormir...

Folco – Los ornitólogos llevan años discutiéndolo, pero la explicación más aceptada es que, si levantaran las dos patas, se caerían de culo.

Fred – Ah, ya veo...

Sam *(a Fred, por lo bajo)* – Será el humor de la Camarga... *(A Folco.)* Desde luego, esto es aún más llano que Holanda.

Fred – Ya lo dicen: las tierras bajas...

Folco – Por eso vienen tantos flamencos a pasar aquí el verano.

Pausa.

Fred – ¿Los pájaros...? Ah, claro, ¡los flamencos de Flandes! Los belgas... Muy gracioso, sí, señor.

Sam – Creo entender que usted cría ganado, ¿no?

Folco – Yo no crío ganado cualquiera. Crío toros camargueses y caballos de aquí.

Fred – Estamos en contra de la corrida, se lo advierto.

Sam – Y tampoco comemos carne.

Folco – Pero ustedes montan en bicicletas eléctricas cuyas baterías vienen de China. Mis caballos, en cambio, se crían aquí.

Fred – Pero los toros, se los come.

Folco – Sí... Pero antes de eso, pasan toda su vida en libertad. No en las jaulas de una fábrica de carne.

Sam – Algunos terminan en la arena de todos modos.

Folco – Aquí practicamos sobre todo la course camarguaise: los participantes intentan quitarles los adornos de los cuernos a los toros, sin matarlos. Nuestros toros tienen nombre, viven años en libertad y, cuando mueren, los enterramos de pie, mirando hacia el mar. A algunos incluso se les levantan estatuas.

Fred – Es cierto... Creo haber visto la estatua de un toro, cerca de las arenas.

Folco – Vovo.

Sam – ¿Perdón...?

Folco – Ese es el nombre del toro legendario... ¿Conocen muchos bueyes o cerdos a los que se les hagan estatuas?

Fred – No... Aparte de algunos políticos...

Folco – Entonces ya ve, señora, aquí respetamos a los animales. Y diría incluso que los veneramos.

Folco se va.

Fred – Olvidé preguntarle por qué los flamencos son rosados.

Sam – Has hecho bien. Me parece que estaba bastante... mosqueado. Bueno, ¿damos un paseo en bici?

Fred – Vale. Aunque con lo llano que está todo, no sé para qué alquilamos bicicletas eléctricas...

Escena 3

Entra Marius, con pinta de playboy. Las dos mujeres parecen emocionadas.

Marius – ¡Buenos días, señoras!

Sam – Buenos días, joven.

Marius – Soy el hermano de Fanny.

Fred – ¿Ah sí? Ella no nos había mencionado que tenía un hermanito.

Marius – Cuido los caballos en el mas, la finca de al lado, con mi padre. Cuando quieran dar un paseo a caballo...

Sam – Pues ahora que lo dice... dan ganas de montar...

Fred – Casi dan ganas de hacer de caballo...

Marius – Veo que es fotógrafa... El caballo, ya sabe, es la mejor manera de acercarse a las aves sin asustarlas...

Sam – Estoy convencida. Pasaremos a verlo sin falta, ¿verdad, Fred?

Fred – Con gusto...

Marius – ¿Ya han montado a caballo antes?

Sam – La verdad no... Normalmente estoy en contra de la explotación animal, pero bueno... No hay que ser demasiado sectaria tampoco...

Marius – Nuestros caballos están muy bien cuidados, ya lo verán.

Fred – Estoy segura.

Marius – También puedo ofrecerles una excursión en barca... o una iniciación al kitesurf.

Sam – ¿Kitesurf...? Ah, pues tampoco nos importaría probar, ¿verdad, Fred?

Fred – Eso sí, empezando despacito. Hace tiempo que no practicamos...

Sam – Pero a usted, en cambio... Es el deporte y la vida al aire libre lo que le da ese cutis fresco y esa apariencia atlética.

Marius – También soy bombero voluntario.

Fred – Por supuesto...

Sam – Con la apariencia que tiene, podría incluso ser modelo, se lo aseguro...

Fred – O cantar en una boy band camarguesa.

Sam – ¿Nunca ha pensado en actuar en cine?

Marius – Para ser sincero, me dejé convencer por un amigo para presentarme al concurso de Mister Camarga.

Sam – ¿Mister Camarga?

Marius – Es como Miss Camarga, pero para hombres.

Fred – Por supuesto...

Sam – ¿Y cuándo es este concurso?

Marius – El sábado por la noche. En las arenas.

Fred – Yo a usted le daría las dos orejas y el rabo...

Marius – ¡Entonces simplemente vengan! Todo el mundo puede votar, ¿saben?

Sam – Normalmente, no frecuentamos las arenas...

Fred – Ni los concursos de miss...

Sam – Pero después de todo, ¿por qué no?

Marius – ¡Entonces nos vemos pronto!

Marius sale.

Fred – Parece recién salido de un calendario de bomberos, ¿verdad?

Sam – En cualquier caso, dan ganas de votar por él...

Fred – Espera... aún no hemos visto a los otros candidatos.

Sam y Fred salen.

Escena 4

Entran Patrick y Christelle, vestidos de playa. Folco vuelve.

Folco – Señores, señoras... ¿Han tenido un buen día?

Patrick – Quisimos bañarnos, ¡pero el agua estaba helada!

Christelle – ¿Estás seguro de que esto es el Mediterráneo? ¡El agua está aún más fría que en Bretaña!

Folco – Es por el Mistral, un viento que empuja las aguas cálidas de la superficie hacia el mar abierto.

Patrick – ¿Y esto del Mistral va a durar mucho?

Folco – Debería calmarse hacia la tarde.

Patrick – Es cierto, parece que ya sopla un poco menos.

Christelle – Sí, pero los mosquitos han vuelto.

Patrick – ¿Y el ayuntamiento no hace nada contra los mosquitos?

Folco – Ah, sí... Hacemos una campaña de tratamiento aéreo todos los años.

Christelle – ¿Aéreo?

Folco – Con helicópteros. Arrojamos napalm sobre los arrozales. Con música de Wagner de fondo. Deben verlo al menos una vez en la vida, les aseguro que es realmente espectacular.

Sale Folco. Patrick y Christelle intercambian una mirada perpleja.

Patrick – ¿Sabías que tratan los mosquitos con napalm en la Camarga?

Christelle – No...

Patrick – Seguro que por eso no crece mucho por aquí.

Patrick y Christelle salen.

Escena 5

Fanny vuelve con Sara.

Fanny – Es un desastre... ¡La caldera acaba de averiarse! No hay agua caliente en todo el hotel.

Sara – ¿Le has pedido a tu esposo que eche un vistazo?

Fanny – ¿Romain? Antes de abrir el hotel tramitaba permisos de circulación en la prefectura de la Drôme. A ese le das una bombilla para cambiar y es capaz de electrocutarse.

Sara – No lo sé... ¿No tenéis un fontanero?

Fanny – Sí, pero está atrapado en una obra en Marsella. ¿Conoces a alguno, por casualidad?

Sara – Tengo un primo que es un poco manitas, siempre puedo preguntarle si puede venir.

Fanny – De acuerdo.

Romain llega.

Romain – Lamentablemente, una desgracia nunca viene sola...

Fanny – ¿Qué pasa ahora...?

Romain – Acaban de reponer combustible en la gasolinera de enfrente.

Fanny – ¡Agua caliente, ninguna; gasóleo, todo el que quieran! ¡Esto es como los vasos comunicantes! Ahora los huéspedes podrán marcharse. ¡Solo seguían aquí porque no tenían combustible!

Romain – Deberíamos encontrar algo para hacer que quieran quedarse...

Fanny – Aunque no falten actividades por aquí.

Romain – Sí, pero con estas huelgas, la gente ya no se va de vacaciones. Cuando estos pocos náufragos de la carretera se hayan ido, el hotel estará vacío...

Sara – Sí... Se necesitaría un milagro para salvar la temporada...

Fanny – Gracias por el ánimo... ¿Tienes alguna idea?

Sara – Podría ir a encender una vela a la iglesia y pedirle ayuda a santa Sara la Negra, la patrona de los gitanos.

Romain – Gracias, ahora me siento mucho más tranquilo...

Un momento.

Fanny – Podríamos organizar una noche musical. *(A Sara)* ¿No conoces músicos por aquí?

Sara – Tengo un primo que toca flamenco, pero también está atrapado en Marsella, como su fontanero.

Fanny – ¿En una obra?

Sara – No... En la cárcel de Les Baumettes.

Fanny – ¿Tan mal cantaba?

Sara – Es una historia un poco complicada...

Romain – En ese caso, a menos que logremos hacerlo escapar...

Se oscurece.

Acto 4

Escena 1

Victor y Diane están sentados en una mesa. Están desayunando. Llegan Patrick y Christelle.

Patrick – Señores, buen provecho.

Victor – Gracias, es muy amable de su parte.

Diane – ¿Han dormido bien?

Christelle – Bien... aunque despertarse fue un poco difícil. ¡No había agua caliente! Todavía hace un poco de fresco por las mañanas...

Diane – Ah, sí, nosotros tampoco. Tuvimos que ducharnos con agua fría. Parece que eso rejuvenece la piel, pero bueno...

Victor – Por fin podremos regresar al Luberon: han vuelto a abastecer la gasolinera.

Patrick – Y nosotros vamos a retomar el camino hacia España.

Diane – Aunque no está tan mal aquí.

Patrick – Ayer salí a pescar y saqué dos bacalaos. Se los di a la dueña... ¿Qué iba a hacer yo con dos bacalaos en una habitación de hotel?

Victor – ¿Está seguro de que eran bacalaos? Los bacalaos son más comunes en los mares del norte, ¿no? No estoy seguro de que se encuentren en el Mediterráneo...

Diane – Aunque el agua estaba tan fría ayer. No me sorprendería que los bacalaos vinieran a pasar sus vacaciones aquí...

Christelle – En cualquier caso, hiciste un amigo.

Patrick – También es de Montreuil, del 93, a dos calles de nuestra casa. Viene todos los años en autocaravana.

Christelle – Mientras tanto, mantuve mi bronceado integral. ¿Les dijeron que hay una playa nudista un poco más allá?

Diane – Una playa nudista... Vaya...

Patrick – Si les interesa, mañana pueden venir con nosotros...

Victor – No sé si... *(A Diane)* ¿Qué opinas, querida?

Diane, avergonzada, no responde.

Christelle – Es cierto que el agua del mar está aún más fría que la de la ducha, pero bueno... Había flamencos en los estanques y caballos en la playa. Fue maravilloso.

Patrick – ¿Y ustedes qué hicieron?

Victor – Fuimos al museo ornitológico.

Christelle – ¿Un museo... ornitológico? ¿Y qué hay allí?

Diane – Pájaros. Un parque ornitológico, ¿saben?

Patrick – Pájaros, aquí hay por todas partes, ¿no? Incluso hay en el estanque justo detrás de la piscina. No hace falta ir a un museo para verlos.

Diane – Sí, pero allí podemos acercarnos más. Y luego, hay carteles con el nombre de cada pájaro.

Christelle – ¿Están disecados?

Victor – No, ¡están vivos! Hay carteles... frente al lugar donde están.

Patrick – ¿Están en jaulas, entonces?

Diane – Ah no, están en libertad.

Christelle – Pero si los pájaros se mueven, ya no están frente al cartel.

Victor – No, tienes razón.

Patrick – Si no están encerrados, ¿pueden salirse incluso del museo, no?

Diane – Sí, supongo.

Christelle – Menudo museo... ¿Se imaginan el Louvre con la Gioconda escapándose por París de paseo con la Venus de Milo?

Patrick – Terminamos el día en un restaurante de paella. Había gitanos tocando flamenco. Fue realmente típico. ¿Verdad, Christelle?

Christelle – Sí. Con una jarra de sangría para acompañar... Pasamos una noche estupenda...

Patrick – No sé para qué hacemos tantos kilómetros hasta España. Si aquí tenemos toros y plazas, paella y sangría, flamenco y gitanos...

Christelle – No sabía que había gitanos en la Camarga.

Escena 2

Folco llega con Fanny.

Patrick – Ahí está Folco, él podrá darnos información...

Christelle – Él sabe todo sobre la historia de la Camarga. Solo tienes que preguntarle...

Patrick – Oiga, Folco, ¿por aquí hay muchos gitanos?

Folco – Depende de la época. Los gitanos son como los flamencos y los turistas: hay quienes viajan de un sitio a otro, y quienes se han establecido aquí.

Fanny – La Camarga es una tierra de acogida, ¿saben? Está profundamente arraigada en su historia y sus tradiciones, pero también está abierta a la modernidad y al mundo.

Folco – Les Saintes-Maries-de-la-Mer es la capital de la Camarga... y, en cierto modo, de quienes no consideran las fronteras una barrera.

Fanny – Dos veces al año, gitanos venidos de toda Europa se reúnen aquí para honrar a santa Sara la Negra, su patrona. Es algo digno de ver, créanme.

Christelle – Tendremos que volver, ¿verdad, Patrick?

Diane – Sí, nosotros también... ¿Verdad, Victor? Debe ser muy pintoresco...

Fanny – Siento mucho lo de la falta de agua caliente. La caldera se ha estropeado, pero intentaremos arreglarla cuanto antes...

Entra Sara con Paco, un hombre apuesto y moreno, de aire latino.

Sara – Aquí está Paco, el primo del que les hablé...

Fanny – Buenos días, señor... Entonces... ¿Eres fontanero?

Paco – Entre otras cosas, sí...

Sara – Paco se presenta a Mister Camarga el sábado, en la plaza de toros.

Fanny – Ah, sí... Eso no me sorprende. Pero... ¿no trajiste tus herramientas?

Paco – Yo trabajo de oído.

Fanny – ¿Con el oído?

Sara – Tiene un don: le basta escuchar un motor para descubrir la avería. Con las calderas será igual...

Fanny – Bueno, os dejo que lo miréis... O mejor dicho, que lo escuchéis...

Sara y Paco se van. Llega Romain.

Romain – ¿Quién es este seductor latino?

Fanny – El hombre que susurra a las calderas...

Romain – ¿Perdón?

Fanny – Es el primo de Sara. Te lo explicaré...

Romain – Tiene más pinta de cantante de flamenco que de fontanero, pero bueno...

Patrick – ¿No era el tipo que cantaba en ese restaurante anoche?

Christelle – Ah, sí, podría ser...

Fanny – Entonces... ¿qué van a hacer hoy?

Victor – Primero recogeremos las maletas. Nuestros amigos nos esperan para comer en Lourmarin, en el Luberon.

Romain – ¿Ya se van?

Diane – Lamentablemente... Pero volveremos, lo prometemos.

Victor y Diane se van. Sam y Fred llegan.

Fanny – ¿Y ustedes, señoras? ¿Van a quedarse unos días con nosotros, espero?

Sam – Hubiera sido un placer, pero debemos tomar el tren mañana en Arlés para regresar a París...

Fanny está al borde de las lágrimas.

Fanny – Y eso que sois nuestros primeros huéspedes... Ya les estaba cogiendo cariño...

Romain – Tendrás que acostumbrarte, cariño. Abrimos un hotel, no una residencia de ancianos. Si te pones a llorar cada vez que un cliente se va...

Fred – ¡Y volveremos! ¿Verdad, Sam?

Sam – Por supuesto...

Fred – Mientras tanto, trataremos de disfrutar de este último día.

Sam – Tenemos planeado un paseo a caballo con Marius.

Fred – Y esta noche iremos a las arenas para participar en la elección de Mister Camarga.

Fanny – Vaya, vaya... ¿Ya sabéis a quién vais a votar?

Sam – Su hermano es un hombre muy guapo...

Paco y Sara regresan.

Fred – Pero este tampoco está nada mal...

Fanny *(al ver a Paco)* – ¿Ya?

Sara – Te lo dije, tiene un don... Es de familia...

Romain – ¿Y entonces?

Paco – Si suena tac, tac, es un problema eléctrico. Si suena gluglú, es del circuito del agua.

Fanny – ¿Y ahora?

Paco – Pues hace toc, toc.

Romain – ¿Y... es grave, doctor?

Paco – Cuando hace toc, toc, suele ser el carburador.

Romain – ¿El carburador? No sabía que había un carburador en una caldera de gas...

Fanny – Pero ¿podrás arreglarlo?

Paco – Reparar calderas, no reparo. Lo mío son los coches...

Sara – Sobre todo, coches de segunda mano.

Fanny se deja caer en una silla.

Fanny – Llevamos meses preparándolo todo para abrir el hotel... ¡Y ahora se estropea la caldera! Sin agua caliente estamos perdidos. Todos los huéspedes se marcharán... ¿De dónde sacamos un fontanero?

Fanny comienza a llorar.

Christelle – No llores así, por favor...

Fanny – Perdón, son los nervios...

Christelle – ¿Tienes un problema con tu caldera, verdad?

Romain – Se detuvo repentinamente anoche a medianoche...

Christelle – Pero vamos, Patrick, ¡haz algo!

Patrick – Bueno, echaré un vistazo...

Christelle – Mi marido es fontanero y especialista en calefacción.

Fanny – ¡No me lo puedo creer! ¡Es usted un enviado del cielo! Le enseñaré dónde está la sala de calderas...

Fanny y Romain se van con Patrick y Christelle. Luego todos salen.

Escena 3

Marius entra, saca del bolsillo la llave de un coche y pulsa el mando. Se oye cerca el motor asmático de un coche viejo que intenta arrancar sin conseguirlo. Marius mira hacia allí con curiosidad. Se cierra una puerta de golpe. Entra Paco. Los dos se examinan de arriba abajo. Paco mira hacia el coche de Marius.

Paco – ¿Qué coche tienes?

Marius – Un Mercedes.

Paco – ¿Ah, sí? Como no lleva la estrella...

Marius – Me la robaron. Al principio compraba otra y la volvía a poner. Pero acabé hartándome: me la robaban cada vez.

Paco – Mira que ponerles estrellas hasta a los coches... Tenía que ser cosa de alemanes.

Marius – Me pregunto para qué las querrán.

Paco – ¿El qué?

Marius – ¡Mis estrellas! Deben de coleccionarlas.

Paco – Bueno, mejor que te roben la estrella y te dejen el coche. El mío no llevaba estrella y me lo robaron entero. Así que compré este. De segunda mano... *(Pausa.)* ¿Y estás contento con el tuyo?

Marius – Es resistente.

Paco – Bonito, lo que se dice bonito, no es.

Marius – Es alemán.

Paco – Buena marca.

Marius – Mercedes.

Paco – Ya.

Marius – Sabes lo que compras.

Paco – Y sabes lo que tienes.

Marius – Calidad alemana, en fin. *(Pausa.)* ¿Y el tuyo, de qué marca es?

Paco – Nunca lo he sabido.

Marius – ¿Cómo dices?

Paco – El que me lo vendió dijo que era un Renault. No ponía nada en ninguna parte. Y en el taller me dijeron que Renault, desde luego, no era.

Marius – ¿Y entonces qué es?

Paco – No lo saben.

Marius – ¡Joder!

Paco – Por lo demás, va bien. Un cambio de aceite de vez en cuando y listo. Menos mal, porque si necesito recambios... ¡Como no sabemos la marca!

Marius – Ya, claro...

Paco – Eso. Es un coche de marca desconocida. Me dijeron que quizá lo fabricaron en algún país del Este. O en China. Una empresa que habrá desaparecido. O que se habrá cambiado de nombre.

Marius – ¿Y qué pone en la documentación?

Paco – Lo matriculé como Renault.

Marius – Algún nombre había que ponerle...

Paco – Como quien le da identidad a un recién nacido.

Marius – Si se le puede poner nombre a un niño abandonado, ¿por qué no a un coche?

Paco – Además, tiene todos los papeles en regla. Es un coche, ¿eh? Tiene cuatro ruedas y anda. Bueno, cuando quiere. Lo único es que no sabemos de qué marca.

Marius – ¿Y de qué año es?

Paco – Tampoco lo sabemos muy bien. Tendrá unos treinta años. De antes de la caída del muro, eso seguro.

Marius – ¿De qué muro?

Paco – Pues eso tampoco está claro. Del de Berlín, a lo mejor. O de la Gran Muralla China. Vete tú a saber...

Marius – ¿Se ha caído la Gran Muralla China?

Paco – Habría que hacerle la prueba del carbono catorce. Directamente en el tubo de escape.

Marius – Por lo que veo, catalizador no lleva...

Paco – Ni cinturones de seguridad, claro. Pero como está considerado un coche clásico, me dejan circular con él. Por lo demás, es buen coche. Normalmente, vamos. Porque ahora no hay manera de arrancarlo...

Marius – Los coches clásicos son muy caprichosos... ¿Y con qué funciona? Cuando funciona, digo.

Paco – Yo le echo gasóleo de calefacción, como a las calderas. Pero igual anda con otra cosa. Nunca lo he probado.

Marius – Ya veo...

Paco – ¿Y tú estás seguro de que el tuyo es un Mercedes? *(Marius lo mira con inquietud.)* Lo digo porque, como no lleva la estrella...

Marius – Bueno, tengo que irme.

Paco mira el letrero con el nombre del hotel.

Paco – Los Flamencos Rosas... Qué nombre más curioso para un hotel. ¿Lo llevan unos belgas?

Marius – ¿Unos belgas?

Paco – Los flamencos son de Bélgica, ¿no?

Marius – Ah... Los flamencos de Flandes.

Paco – Ya. ¿Pero por qué van a ser rosas?

Marius *(irónico)* – Pues será un hotel belga... y muy abierto de miras.

Paco – Ya...

Marius – Los belgas también son unos pájaros curiosos...

Paco – Pájaros migratorios.

Marius – Solo que ellos vienen a la Camarga en verano.

Marius hace ademán de marcharse.

Paco – Oye, ¿me ayudas a empujarlo?

Marius – ¿A empujarlo...?

Paco – ¡El coche! Que no arranca...

Marius *(sin entusiasmo)* – Venga, vale...

Salen.

Escena 4

Sam regresa y observa los flamencos con los prismáticos. Llega Fred. Luego llega Folco.

Fred – Ah, Folco... Justo quería hacerle una pregunta...

Folco – Sí... ¿Cuál es?

Fred – ¿Sabe por qué los flamencos son rosas?

Folco – Si es otro chiste como el de la pata, confieso que no me lo sé. Pero me encantaría oírlo.

Fred – Eh... no, no es una broma.

Folco – Bueno, me imaginaba...

Fred – ¿Y entonces?

Folco – Porque comen unos crustáceos diminutos que contienen un pigmento rojizo.

Fred – ¡Ah! ¿Has oído, Sam? *(Sam sigue concentrada en sus prismáticos.)* Como cuando nos tomamos betacaroteno para coger color.

Pausa.

Sam – Qué raro... Y eso que hoy no he fumado nada...

Fred – ¿Qué?

Sam *(le pasa los prismáticos)* – ¡Mira! ¿No notas nada?

Fred – No...

Sam – ¡Los flamencos! ¡Son azules!

Fred – Ah, sí, vaya... ¡Es cierto! *(Le pasa los prismáticos a Folco)* ¿Los ve azules también?

Folco mira a través de los binoculares.

Folco – Sí...

Sam – No vamos a ser los tres daltónicos, ¿no?

Fred – Tal vez las hembras sean rosas y los machos azules.

Sam – Debe haber una explicación científica...

Folco – Sí...

Fred – Tal vez comieron camarones azules.

Sam – Pero eso no explicaría por qué los camarones se volvieron azules...

Folco – O será un milagro de santa Sara la Negra.

Ellas se voltean hacia Folco.

Fred – ¿Santa Sara la Negra?

Folco – La patrona de los gitanos. Se la venera aquí mismo.

Sam mira la portada de La Provence.

Sam – ¡Mirad! Lo dice La Provence: «Aparecen flamencos azules en Les Saintes-Maries-de-la-Mer este fin de semana»...

Folco toma el periódico y lee el artículo.

Folco – Dice que ya viene gente de todas partes a verlos. *(Deja el periódico.)* A este paso, dentro de tres días tendremos aquí otro Woodstock...

Fred – Flamencos azules... No es para tanto como una aparición de la Virgen...

Sam – Pero de todos modos es muy sorprendente... Debe ser el cambio climático.

Fred – O tal vez es un montaje...

Sam – ¿Un montaje?

Fred – Inventarse milagros para atraer turistas tampoco sería nada nuevo...

Sam – ¿Tú crees que Bernadette Soubirous trabajaba para la oficina de turismo de Lourdes?

Sam y Fred se van. Folco también sale.

Escena 5

Entra Patrick al mismo tiempo que Fanny y Romain.

Fanny – ¿Podrá hacer algo?

Patrick – Solo era un fusible fundido. Eso sí, la instalación eléctrica tiene unos cuantos años...

Romain – ¿Y entonces?

Patrick – Le he cambiado el fusible y la caldera ya funciona.

Fanny – ¡Es un milagro! ¿Puedo darle un beso?

Ella lo besa, mientras Romain mira el periódico.

Romain – Hablando de milagros, ¿viste el periódico?

Fanny – Si crees que tengo tiempo para leer el periódico...

Romain – Aun así, deberías echarle un vistazo.

Él le pasa el periódico, pero el teléfono suena al mismo tiempo y ella contesta.

Fanny – Hotel Los Flamencos Rosas, dígame... ¿Una reserva? ¡Por supuesto! ¿Para cuántas personas? ¿Ocho?

Patrick *(a Romain)* – Parece que los negocios están mejorando...

Se hace oscuro.

Acto 5

Escena 1

Escena muda, en una atmósfera surrealista. Suena música de wéstern, al estilo de Érase una vez en el Oeste. Entra primero Marius, vestido de vaquero y con revólveres a la cintura. Entra Paco, vestido igual. Caminan los dos a cámara lenta, se detienen y se miran frente a frente, como en un duelo del Oeste. Oscuro. Se corta la música. Se oyen dos disparos. Breve intermedio musical en la oscuridad, mientras todos ocupan sus lugares para la escena final.

Escena 2

Vuelve la luz. Todos los personajes están reunidos en una fiesta de despedida. Una pequeña orquesta, formada según las aptitudes de los intérpretes (o por músicos que no hayan actuado en la obra), toca un tango. Si no es posible, puede utilizarse música grabada. Varias parejas bailan, pero no son las habituales: Victor con Christelle y Patrick con Diane, acentuando el contraste de clases sociales. Patrick sujeta a Diane con firmeza, cosa que no parece disgustarle. Marius y Paco llevan cada uno una banda de Mister Camarga. Fanny y Romain observan a los bailarines. La música baja de volumen durante los diálogos.

Fanny – Al final, todos se quedaron...

Romain – Y parece que están haciendo buenas migas...

Fanny – Ha sido buena idea organizar esta fiesta para celebrar el comienzo de temporada, aunque haya sido un poco accidentado.

Romain – Mientras esperamos a los nuevos huéspedes, que vienen de todas partes para ver nuestros flamencos azules.

Fanny – Ya tenemos todas las habitaciones reservadas para las tres próximas semanas.

Romain – Otro milagro que habrá que agradecerle a Sara...

Fanny – Sí... Pero ¿a cuál de las dos?

Romain – ¿A la santa cuya estatua está en la cripta de la iglesia o a nuestra recepcionista?

Intercambian un pequeño gesto amistoso con Sara.

Fanny – Propongo que cambiemos el nombre del hotel por Los Flamencos Azules.

Romain – Al menos no habrá otro que se llame así...

El baile continúa.

Sam – ¿A quién votaste tú?

Fred – A Marius. ¿Y tú?

Sam – Al final, voté por Paco.

Fred – No es sorprendente que terminaran empatados.

Sam – La verdad es que Paco también está para comérselo...

Fred – Mira qué culo tiene...

Sam – Me parece que estamos babeando un poco demasiado...

Fred – Sí...

Sam – ¿Cómo se llama a una mujer que se comporta como un macho?

Fred – ¿Macha?

El baile continúa.

Diane – Dios mío, Patrick, qué bien baila... Hace años que mi marido no me hace girar así. ¡Me estoy mareando!

Patrick – Tendremos que hacerlo de nuevo el próximo año...

Victor hace bailar a Christelle con mucha más compostura.

Victor – Esta pequeña fiesta improvisada es realmente pintoresca. Deberíamos hacer esto más a menudo.

Christelle – Venid un día a tomar el aperitivo a nuestra casa. Montreuil, en el 93, tampoco queda tan lejos del elegante distrito XVI de París... En línea recta, quiero decir.

Sam y Fred miran a los bailarines mientras toman un vaso de vino rosado.

Sam – Este rosado sigue estando malísimo...

Fred – Ya... Pero es ecológico.

Sam – Mientras nos emborrache, ¡qué más da que esté malo!

Marius se acerca y se dirige a Fred.

Marius – ¿Baila?

Fred – Me encantaría, pero no sé bailar tango.

Marius – Te enseñaré, verás que es muy fácil. Solo tienes que dejarte llevar.

Fred – Pues me abandono por completo en sus brazos...

Marius y Fred van a bailar, al igual que Romain y Fanny, mientras las otras dos parejas regresan a sentarse. Paco se acerca a Sam.

Paco – ¿Me concederías este baile?

Sam – Espera, voy a revisar mi agenda... *(Finge mirar la pantalla de su teléfono)* Sí, creo que tengo un hueco libre.

Paco y Sam van a bailar.

Victor – Son las mejores vacaciones que hemos tenido en mucho tiempo, ¿verdad, querida?

Diane – Desde luego, nos aburrimos bastante menos que en el Luberon. ¡Joder, qué bien lo estamos pasando!

Victor – Cuide ese lenguaje, señora baronesa. Me temo que nuestros nuevos amigos del 93 la están influyendo demasiado...

Se ríen. Folco se acerca.

Christelle – Al final, la Camarga está tan bien como España.

Patrick – Y está mucho más cerca.

Christelle – El año que viene volveremos a Les Saintes-Maries-de-la-Mer...

Folco – Aquí os sentiréis como en casa. En la Camarga estamos orgullosos de nuestros flamencos rosas, pero hasta los flamencos azules son bienvenidos, siempre que quieran a esta tierra y respeten sus tradiciones.

Sara da la vuelta al letrero que hay sobre la barra. En el reverso se lee: «Los Flamencos Azules».

La fiesta continúa.

Fundido a negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo de 2024

ISBN 978-2-38602-215-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.